

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La noche*, Antonio Jimenez Verdejo.—II. *El orgullo*, Cármen Nuñez Rodriguez.—III. *Longinos*, Salvador Durán.—IV. *La pereza*, Antonio Rojo y Sojo.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA NOCHE.

I.

¡Oh noche, bendita seas!

Cuando tus negras sombras pueblan el espacio, ora tapices el cielo de brillantes estrellas, ora pardas nubes rueden por tu manto, mi alma siente una expansion infinita, se ensancha mi pecho y torno á la vida que el dia me arrebató: y es, porque los seres que tenemos el corazon lleno de recuerdos y marchitas esperanzas, amamos la soledad que tú sola nos prestas, y nos refugiamos en tu seno como en el de una madre cariñosa.

Todo es silencio: vagos rumores, que con el ténue soplo de las brisas se confunden, es lo que apenas interrumpe mi meditacion: si el ruiseñor canta ecos tristisimos, notas que parecen lamentos, es lo que de su garganta brota: si el arroyo murmura, gemidos melancólicos semeja con monótono son de su corriente: si mueven sus hojas los árboles, suspiros de dolor parecen sus murmurios.

¡Qué sentimientos mas dulces y delicados hacen nacer en el alma!

La imaginacion vuela atrevida, y evocando recuerdos, dando vida á sus mas sublimes concepciones, se aísla, se confunde con tus sombras y mundos se crea donde todo es felicidad: en éxtasis divino arrulla sus sueños que nacen contigo y mueren cuando tú mueres.

II.

Acaba de cruzar por mi imaginacion un tris-

tísimo recuerdo, negro como tus sombras, como las de mi alma.

Era la noche del 2 de Noviembre; de ese funebre aniversario de las pasadas generaciones.

Menuda lluvia descendía de las pardas nubes que el cielo entoldaban.

Podría decirse que aquellas gotas de agua, eran el llanto que los muertos derramaban por los vivos.

Me encontraba en un cementerio, sentado sobre la rojiza y mojada tierra y con la frente apoyada en una modesta y sencillísima lápida.

En ella se leía un nombre de mujer.

Mis labios tocaban aquel nombre, y mis lágrimas corrían sobre él confundidas con el agua de las nubes.

Bajo aquella tosca piedra, dormía el sueño de la muerte un ángel.

Era ella: la mujer que habia despertado mi alma: ella era quien habia abierto mi corazon de niño a desconocidas sensaciones: quien habia dado vida á mi vida, quien habia leído mis sentimientos en mis ojos.

Radiante de hermosura, llena de vida y alegría, yo la habia contemplado con cariñoso anhelo sin sospechar siquiera, que podía la muerte arrebatarme mi dicha, mi tesoro, y con él mi felicidad para siempre.

¡Pobre María! si desde el cielo ves mis sufrimientos; si las emociones de mi alma, al recordar el dia de nuestra eterna separacion, suben hasta tí, perdóname que llegare á tu fosa tal vez á interrumpir tu eterno sueño.

Diez y seis primaveras habian pasado, rozando con tu frente cuando se rompió el hilo de tu vida: nunca tus labios habian proferido una

queja, y sin embargo, cuando por última vez me dijiste «¡adios!», dos lágrimas silenciosas rodaron por tus mejillas.

¿Porqué llorabas?

Aun estabas radiante de hermosura, aun brillaba la vida en tu rostro y en tus ojos el fuego de la juventud.

¡Pobre ángel! ¡Tal vez presentía tu corazón que aquel «¡adios!» era el último, que aquella despedida era eterna!

Cuando te volví á ver, ya no respirabas; tus ojos estaban cerrados y hundidos; tus mejillas pálidas y místicas: al acercarme á tu cadáver, al arrodillarme á tu lado, me pareció que tus labios se movían, y en mis oídos resonó un apagado y tristísimo «¡adios!»

No sé lo que despues fué de mí, pero ya no te volví á ver más.

Por eso, la noche del 2 de Noviembre yo velaba tu tumba; por eso entregado á tu recuerdo apoyaba mi frente sobre la lápida que ostentaba tu nombre; por eso, ni sentía las horas que pasaban, ni el agua que bañaba mi cuerpo, el viento que azotaba mi rostro.

La última vez que de tus labios escuché palabras de cariño era de día; cuando tu alma se desprendió de tu cuerpo, el sol alumbraba los espacios: por eso aborrezco al día; por eso amo á la noche y en su seno me refugio con tus recuerdos y el de mi felicidad.

También el día me despertó sobre tu fosa, y me hizo abandonar la tristísima mansión en que tu cuerpo yace.

Abandoné el cementerio, porque el sol alumbrando las tumbas, arrebató su poesía á la morada de los muertos.

III.

La vida de los sueños es la que dá mas dulzura al alma, y tu eres, noche, quien representa esa vida.

Cuando todo calla, cuando el hombre busca el descanso y el mundo duerme, es cuando la fantasía crea, sueña, y el alma vive.

¿Por qué se identifican tanto los seres tristes con la noche? ¿por qué te amo yo tanto, reina de las sombras?

Misteriosos recuerdos, dolorosos arcanos de mi corazón, son las memorias que de tí guardo, y sin embargo yo te adoro: ¿en qué consiste esto?

¡Ah! sí; lo sé: consiste en que cuando todas las esperanzas se han perdido, cuando las ilusiones se han borrado de la vida del hombre, su imaginación pretende reanimar los sentimientos, quiere atraer el pasado al presente.

Triste lenitivo; extraño modo de curar las heridas del alma, pero modo que existe, que yo mismo experimento y que aprecio sus benéficos resultados.

En tus silenciosas horas, nada me interrumpe, nada me impide evocar mis recuerdos y concentrar mi pensamiento en mi pasado, y vivo como entonces vivía, amo como entonces amaba, y me traslado en un todo á aquellos días de mi vida.

En tus vagos rumores; en tus fantásticos murmullos; en tus apagados y melancólicos acentos; en tus negras sombras, en fin, veo retratada mi alma, mi modo de ser, de vivir, de pensar.

Hé aquí porqué te adoro; hé aquí porqué no me canso de repetir; «¡oh noche, bendita seas!»

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

EL ORGULLO.

I.

—«¿Por qué el espíritu inmortal de Dios ha de dominar siempre mi espíritu? ¿Por qué á su esencia Omnipotente he de estar siempre sujeto? Luchemos: también soy fuerte; despues de Él no hay nada ni nadie como yo en el Paraíso. Pues bien, no quiero que sobre mí haya poder alguno; quiero también ser Dios.»

Así exclamó el ángel de las tinieblas, cuando encumbrado por el Eterno á la más elevada gerarquía, era el más hermoso de los espíritus que creara.

Como luna llena, soberana entre los coros de estrellas, así era él entre las milicias celestiales. Como sol sin nubes que sube al cenit resplandeciente, así era su gloria y su esplendor. Su nombre era LUZBELLA.

Pero ¡ah! tanta grandeza, tanta dignidad hubieron de engendrar el Orgullo. Luzbel piensa, y su pensamiento crea la soberbia, que como un miasma impuro, en un momento lo inficiona todo.

La frente del arcángel rebelde, resplandece con una luz más viva. Una aureola de fuego la circunda; pero la llama que despidе es la luz fatídica del orgullo, la lumbre que debe encender el fuego eterno.

Y el soplo de la rebelión, es como huracán impetuoso que todo lo arrastra en pos de sí. Legiones numerosas desmémbranse de los ejércitos del Señor, para seguir al ángel prevaricador; y al lanzar el Omnipotente el rayo de la indignación divina, descienden al abismo insondable de las eternas sombras, en número sin cuento, como las gotas de agua que caen en copiosa lluvia durante la tempestad.

Desde entonces Luzbel, el ángel de la soberbia, lucha impotente contra el Sér Supremo: su campo de batalla es el corazón del hombre; ¡sus armas las pasiones; su bandera nefanda el orgullo.

Apenas acababa Dios de crear al primer hombre y á la primera mujer, y colmándolos de dicha en el Paraíso, solo una prohibición les había impuesto como justo homenaje á su dependencia divina, cuando ya se insinuaba en el corazón de Eva, diciéndole:

—¿Por qué vacilas? Como de este fruto y llegarás á conocer la ciencia del bien y del mal; y tu espíritu comprenderá los misterios de la naturaleza y

llegarás á ser grande y Omnipotente como Dios.

Y ella incauta obedece sus pérfidas palabras, y ambos se precipitan en un Océano de dolores y de infelicidad.

Y por entonces la obra más perfecta del Hacedor, la criatura hecha á su imágen y en quien pusiera sus complacencias, se hizo esclava del demonio, y vino á ser herencia de Luzbel.

II.

Para la obra de la reparacion tenia el Hijo del Altísimo que descender del cielo, y hecho hombre, ofrecerse como víctima por la expiacion debida.

Largo tiempo fué esperado. Habíase hecho anunciar por los santos Profetas y habia dado prendas ciertas en sus palabras divinas.

Y en medio de sus desgracias, de sus persecuciones y de su prevaricacion misma, el pueblo escogido lo esperaba como su Salvador.

Pero lo esperaba de otra manera.

El deseado de las naciones, el que habia de reinar sobre los reyes de la tierra, imagináronse los hombres que vendria dando testimonio de su grandeza, ostentando la gloria y el poder de su padre.

Pasan al fin las semanas de Daniel; llega el tiempo prefijado, y en la ciudad en que se habia predicho, nace el Mesías anhelado por tanto tiempo.

Y para recibir al huésped divino que viene á redimirla, apenas tiene la tierra un miserable y oscuro albergue, para reclinar al divino infante; solo le ofrece unas duras pajas.

Verdad es, que poderosos soberanos vienen de apartadas regiones á rendirle homenajes: pero lo buscan en espléndidos alcázares y lo hallan en una mezquina gruta: pretenden verlo rodeado de toda la pompa y grandeza de la tierra; y Él se les muestra ofreciéndoles por corte unos rudos y sencillos pastores, por manto real la pobreza más extremada, por sólo un misero pesebre.

¡Primera y sublime leccion del Unigénito del Padre, de aquel ante quien tiemblan las potestades del cielo y del abismo!

El edificio de su celestial doctrina, necesitaba tener este cimiento. Venia á combatir el orgullo, y traía por armas la humildad.

Treinta años de su vida consagra á enseñarnos esta admirable virtud; treinta años de una existencia pobre, oscura, ignorada.

Seguidlo luego al través de las montañas de la Judea, por las ciudades y pueblos donde propagaba su ley divina.

Una inmensa turba lo rodea; pero entre esta muchedumbre ved si acaso descubris un continente altivo, una frente orgullosa. ¡Cuán pocos potentados cuán pocos ricos! Casi todos los que lo siguen son pobres desgraciados. Para estos son los consuelos de su palabra divina; á estos ama particularmente.

—Bienaventurados, dice, los mansos y humildes de corazon; bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los que lloran; y ¡ay! de aquel que se ensoberbeza en los designios de su corazon, porque mi brazo abatirá el edificio de su orgullo, y su vanidad será deshecha como la espuma de las aguas.

Sus obras confirman su doctrina, y Él mismo nos

dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon»

Y en confirmacion de esta verdad, el último acto de su vida, la leccion postrera que dá á sus discípulos, como para que quede más profundamente grabada en su memoria, es la de lavarles los piés, á ellos, pobres y oscuros pescadores, á quienes Él habia iluminado. Despues todo ha concluido. Ha instituido el Sacramento de amor, por el que se queda entre nosotros; nos ha recomendado la humildad, para que jamás le perdamos; y solo le falta padecer y morir por nosotros, sufriendo con heroica y sobre-humana resignacion, los tormentos más crueles; y muriendo con la muerte más afrentosa para consumir la redencion.

Pero al morir, triunfa de la muerte misma, y haciendo de la Cruz un trono de infinita grandeza, domina desde allí sobre todas las generaciones. La justicia divina estaba satisfecha: Luzbel estaba vencido.

III.

Pasan los siglos.

Sobre la conciencia del hombre, pesaba una deuda inmensa de gratitud. No solo le habia formado Dios de la nada, sino que habia tomado sobre sí la expiacion de su delito, y lo habia redimido. Deber suyo era por tanto reconocerlo, adorarlo, y cumplir con estricta puntualidad los preceptos de su ley santa.

Creyendo en Él, no podía menos de reconocer sus perfecciones infinitas, su inmenso amor á las criaturas, y el atributo de su Omnipotencia, de la que todo dependia. Reconociéndole, debia tributarle adoracion sin límites como á su Criador y Salvador. Amándole sobre todas las cosas, debia por lo mismo acatar y cumplir sus mandamientos.

En los primeros tiempos del Cristianismo, la pureza de costumbre de los cristianos y su profunda humildad, fidelidad á los preceptos divinos, correspondian al celo de los Apóstoles y á la excelencia de la Religion que profesaban. Innumerables mártires sellaban con su sangre su fé ardiente; y nada, ni las persecuciones más atroces, ni los tormentos más insostenibles, parecian demasiado, padecidos por la fé de Cristo. Sus discípulos, aquellos hombres, escasos en número, pobres y oscuros, que Él habia conocido ejerciendo oficios humildes, bastaron para extender por toda la tierra sus doctrinas, y para echar los cimientos de la Religion que debia triunfar de sus sangrientos perseguidores y no debia morir jamás.

Pero Luzbel rugía de ira, desde las profundidades tenebrosas de la mansion del mal.

Jesucristo habia echado por tierra con su Cruz, las puertas del infierno, y abierto las de su reino inmortal. Su presa se le escapaba.

—¡Oh! El orgullo, dijo para sí. Yo atizaré en el corazon del hombre esta pasion fatal, que para siempre me desterró del Paraíso. Si; yo dominaré su voluntad y venceré de nuevo por este medio. Y enarbolando la bandera de la rebelion, gritó con voz que la soberbia abogaba:—¡Guerra á Dios!

Y en efecto. El hombre reconoció en sí un destello de la inteligencia que Dios colocó en él, para

elesvarlos sobre los demás animales, para que mejor pudiera reconocer y admirar sus perfecciones. Empléó en un principio, la luz de su razon en subvenir á sus necesidades y remediar sus males; más adelante quiso conocer todas las cosas, y despues anheló saber el porqué de algunas; y últimamente llegó hasta medir la distancia de los astros y saber en qué consiste su luz y su movimiento, dándose cuenta al fin del gran sistema del universo. Su inteligencia quiso abarcar tambien la naturaleza, y á su placer torció el curso de los rios, horadó las montañas, surcó las olas de los mares, y salvó las distancias de la tierra con la velocidad del viento.

—¡Oh grandeza de la ciencia humana! exclamó entonces el orgullo loco; ¿que hay que pueda resistir á tu poder? Y ensoberbecido el hombre é instigado por el ángel del mal, repitió las palabras de Luzbel en el Paraiso. Despues de Dios no hay nada ni nadie como yo... Pues bien; no quiero que sobre mí haya potestad alguna; quiero tambien ser Dios.

Y deslumbrado y ciego por su orgullo, quiso remontar su inteligencia hasta comprender y analizar al Ser Supremo.

Envueltos en un délalo de tinieblas espesísimas, caminando por la noche sin fin de sus horribles dudas, quisieron unos forjarse un Dios á su gusto y segun los deseos de su corazon soberbio, y dijeron otros:—No hay Dios. ¡Desventurados! Átomos perdidos entre la inmensidad de innumerables mundos, ¿qué sois vosotros? Recordad lo que dijo el Santo Job sobre lo que es el hombre

¡Pobre ser, en el que todo es limitado, su existencia de un dia, su poder, su decantada ciencia! ¿Cómo, pues, es capaz de levantarse en alas de su necio orgullo, á conocer por medio de la razon los arcanos impenetrables de la sabiduría divina?

El saber humano ha llegado á descubrir la gravitacion de los astros, á medir sus movimientos y calcular sus distancias; ¿pero puede del mismo modo detenerse en su curso al más pequeño planeta de los que giran en el espacio? Ha podido llegar á unir los mares destruyendo para ello las montañas que los separaban; pero ¿llega todo su poder á hacer un grano de arena?

¡Ah! es el orgullo el que habla en el corazon del hombre, haciéndole dudar de Dios para eximirse así de la gran responsabilidad que su reconocimiento le impondría. Duda, ó aparenta dudar, porque así se ve libre para satisfacer sus pasiones, haciéndose dueño y arbitro de lo que no le pertenece; porque si la voluntad nos fué dada libre por Dios en el orden natural, en el orden moral recibimos una obligacion impreseindible de reconocerle y adorarle; deber grabado profundamente en nuestras conciencias, y fin para que nos fué otorgado el atributo precioso de nuestra libertad.

Pero si esos hombres no hallan á Dios dentro de sí mismos, si no ven su poder en el cielo extendido sobre sus cabezas, y su sabiduría hasta en la hoja seca que pisan con sus plantas; si no oyen su voz en el grito de su conciencia, y en el anhelo de su propia alma; si no vislumbran, en fin, algo de la inmortalidad, ¿dónde irán á buscarlo? La luz natural de la razon basta para conocer la verdad, ayu-

dada de esa otra luz sobrenatural y radiante de la fé, de ese sentimiento íntimo que existe en el fondo de todos los corazones; pero en vano pretenderá el soberbio alcanzarla con la sola fuerza de su sabiduría, tan débil como todas sus demás dotes, con su ciencia llena de dudas y de contradicciones. ¿Ven, por ventura, sus ojos lo que está bajo una ligera capa de tierra? Pues ¿cómo quiere con la vista de su entendimiento penetrar hasta el fondo de la eterna sabiduría?

IV.

Es, pues, el orgullo la causa funesta de la impiedad; el orgullo, que deslizándose en el corazon del hombre, hace que considere al universo partiendo del erróneo centro de sí mismo, y no de su verdadero y único centro, que es Dios.

Pero ¿vencerá el príncipe de las tinieblas en la lucha contra el Omnipotente? No; podemos asegurarlo fundados en la promesa divina: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia»

¿Qué dia, qué hora será la elegida en nuestros tiempos para el triunfo del Señor? Nadie lo sabe. El arrogante ministro del rey Asuero, estaba lejos de suponer, cuando preparaba la horca para el infeliz Mardoqueo, que sería para él mismo aquel suplicio. Nabucodonosor contempla, lleno de orgullo, en Babilonia el monumento eterno de su poder y de su gloria; pero en aquel mismo instante escucha la sentencia de Dios que lo condena al más terrible castigo por su soberbia. ¿Quién habia de decir á Baltasar el sacrilego, que mientras en el banquete llevaba á sus labios los vasos sagrados del templo, llenos de vino, Giro á las puertas de la ciudad, sería el ejecutor de la venganza del cielo?

No: lo repetimos; el ángel de las tinieblas, vencido de una vez y para siempre en el Calvario, no podrá ya nunca nada contra su Criador; y esta seguridad nos hace abrigar la esperanza de que un dia, dia de gloria y de ventura para todos, caida la venda funesta del orgullo, los hombres mirarán con ojos desapasionados las verdades santas de nuestra Religion, contemplarán la grandeza de Dios, acatarán su Providencia infinita, adorarán los atributos de su bondad y su sabiduría; y la paz interior de su espíritu, la calma de su conciencia, el gozo íntimo que nace de la virtud, los dulces consuelos que la fé derrama en los corazones, les harán comprender que para esto hemos nacido. Entonces, empleando las dotes que le fueron dadas en honrar y servir á su Criador, correrá en paz su existencia, segun la promesa de la palabra divina, lejos de las perturbaciones del espíritu y de las dudas é inquietudes del orgullo impío.

CARMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

LONGINOS.

El dia se ha vuelto noche.

La luz huye de la tierra dejándola envuelta en el oscuro manto de las tinieblas, y sus fuertes sacudimientos y temblores, llenan de pavor á los aterrados mortales.

Los montes se desgajan y sus rocas se deshacen.

y dividen en continuos y repetidos choques.

Las losas sepulcrales saltan en fragmentos, para dar paso á los esqueletos que los habitan en todo el valle de Josafat.

El trueno con su horrisona y cavernosa voz, retumba por el espacio cual una maldición lanzada por Dios.

De vez en cuando el rayo serpentea é ilumina la tierra, infundiendo más pánico y temor al pueblo jerosolimitano.

A su rejiza luz, se vé un monte en el cual se desenvuelve un drama terrible con escenas desgarradoras.

Un grupo numeroso de soldados romanos, contempla con salvaje ferocidad á tres victimas que destilando sangre, cuelgan de tres maderos...

Aquellos verdugos se asemejan al tigre que goza en ver á su inocente presa, despues de despedazarla.

Uno de estos soldados, enristra su lanza y pide á los demás que lo aproximen á la cruz de enmedio.

Sobre esta, hay una inscripcion concebida en esta forma: «INRI»

En aquel leño está clavado el sagrado cuerpo de Jesus, con el rostro amoratado y sns lábios contraidos por el dolor...

Allí se vé sin exhalar una queja; el mártir ha lanzado su postrer aliento; más aun resueñan en los oídos de la soldadesca aquellas dulces palabras:

—«Padre, Padre mio, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores; porque no saben lo que se hacen.»

El pueblo hebreo está aterrado cual si la sangre de aquel Justo pesara sobre su frente; más este soldado ciego de cuerpo y alma, se mantiene arrogante y fiero en medio de tanto horror.

Su valentia es digna de mejor causa.

Ostenta un arrojito satánico, y parece que las furias infernales le inspiran y ayudan para desafiar al autor de tanta maravilla.

Allí, apoyando la ancha enchilla de su lanza en el costado del Hombre-Dios, blasfema contra Él diciendo.

—«Hipócrita Nazareno; si los mares dómas y calmas las tempestades, si eres Dios, si das vida á los muertos y la quitas á los vivos, haz que aquí me confunda y anonade; si tienes tanto poder, inutiliza mi brazo para que no te ofenda; más en prueba de que nada vales, recibe esta muestra de odio que no te es dado evitar»...

Y así diciendo, su brazo empuja el acero que se introduce en el divino costado de Cristo... De su sagrado pecho brota un rocío de sangre, y algunas gotas caen en el rostro del feroz soldado.

Este siente en todo su ser un temblor extraordinario, cual si por él pasase una corriente eléctrica; al contacto de aquella sangre sus ojos se abren desmesuradamente y en aquel momento recobra su perdida vista; sus piernas vacilan y cae arrodillado abrazando el sagrado leño, pidiendo misericordia y perdón al mismo que momentos antes insultara... Con los ojos del cuerpo había abierto también los del alma.

El deicida estaba arrepentido de su obra y pedía su perdón.

Algun tiempo despues, un hombre doblaba su cabeza recibiendo la palma del martirio en defensa de la cristiandad.

Aquel hombre era Longinos, el que abrió la ancha herida en el costado de Cristo, en el monte Calvario.

SALVADOR DURÁN.

POESÍA.

LA PEREZA.

Contigo he de luchar y he de vencerte;
ánimo tengo y corazon entero,
por eso el triunfo y la victoria espero;
mi voluntad decide de tu suerte.

Hoy empiezo contigo un duelo á muerte,
un duelo á muerte, sí, sangriento, fiero;
y morirás, pereza, yo lo quiero
que si eres pertinaz, mi pecho es fuerte.

Desde hoy cuanto comienze, lo concluyo;
trabajando se llega á la riqueza,
trabajaré aunque tenga mala gana,
ni el trabajo me asusta, ni de él huyo...
Pero señor, qué sueño... qué pereza...;
me voy á ahora á dormir y hasta mañana.

ANTONIO ROJO Y SOJO.

NOTICIAS.

Ha sido destinado á mandar el regimiento infantería de Andalucía, que se halla de guarnicion en Búrgos, nuestro particular amigo el comandante del cuadro de reserva de esta ciudad, D. Antonio Ruiz Argamasilla.

En la noche del lunes ^{**}último, celebraron su proyectado enlace la señorita doña Antonia Muriedas Casado, con nuestro apreciable amigo y colaborador D. Tomás Risueño Cepa.

Les deseamos una larga luna de miel.

Con objeto que nuestros abonados tengan conocimiento del miserable atentado, que el viernes 23 del actual, puso en peligro la preciosa vida de nuestro rey, copiamos á continuación las noticias adquiridas de algunos periódicos de Madrid.

«Al pasar S. M. por la calle Mayor, poco ántes de la Plaza de la Villa, un hombre que estaba confundido entre la gente que saludaba y victoreaba al rey, procuró abrirse paso y levantó el brazo armado de una pistola, la disparó atentando á la vida de S. M. El rey que vió el fogonazo, acortó el paso de su caballo, y continuó tranquilamente á Palacio. El capitán general, que se encontraba del lado de donde salió el disparo, detuvo al agresor, siendo instantáneamente secundado por los agentes de la autoridad y por el pueblo que estaba en el lugar del suceso. El agresor, de oficio tonelero, ha confesado sin rebozo su delito, declarando que es internacionalista, y que hace cuatro dias vino de Tarragona expresamente, para cometer el atentado.»

ANUNCIOS.

NO TIENEN RIVAL.

DESDE 10 REALES SEMANALES.

MÁQUINAS GARANTIZADAS PARA COSER, «SINGER.»

Acaba de llegar á esta poblacion, un viajante de la compañía fabril «Singer,» con un buen surtido de sus muy acreditadas MÁQUINAS PARA COSER, y ofrece al público su domicilio en la Plaza Mayor, número 16.

Las venderá como gustéis, á plazos ó al contado. Mejores máquinas, ni mejores condiciones jamás las hallareis, acudid pronto á donde esta á vuestra disposicion

SINGER.

REBAJA EL 10 POR 100 AL CONTADO.

TALIS VITA, FINIS ITA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

El mayor y más completo elogio que de esta interesante obra podemos hacer, es decir que sin embargo de haberse publicado recientemente y en una poblacion que se halla muy lejos de los grandes focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de ser traducida y publicada en el extranjero.

Vendese en esta librería al precio de 2 pesetas ejemplar.

¡¡¡QUE GANGA!!!

Para que no pueda competir ningun otro establecimiento con el depósito de MÁQUINAS PARA COSER que hay en Ciudad-Rodrigo, calle de Talavera, núm. 1.º, de acuerdo con las fabricas, ofrece el representante los precios siguientes:

Primitiva «Singer» de mano. 450 rs.
 «Singer» de pié. 585 rs.
 La misma perfeccionada. 740 rs.
 La «Victoria» de mano. 440 rs.
 «Canadense» ídem. 320 rs.

Para familias de pié, de id. para sastres y sombrereros, giratorias para zapateros y guarnicioneros

Se dan á plazos, se garantizan y dan otras si los dueños no están conformes con las que compran.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 29 de Octubre.—Trigo candeal, de 42 á 44 rs. fanega.—Ídem barbilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 32 á 34 id.—Cebada, de 27 á 29 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 3 á 4 rs. arropa.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 18 rs. arropa.—De 2.º á 17 id.—De 3.º á 16 id.—De 4.º á 12 id.—Menudillo á 6 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
 á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptacion asombrosa, la verdadera y legitima

TINTA UNIVERSAL,
 (EN POLVO.)

LIBROS DE TEXTO.

En esta librería se hallan á la venta todos los correspondientes á las asignaturas que constituyen el bachillerato en artes, y han sido declarados tales por el claustro de profesores del colegio de San Cayetano.

muerto. Esos mándrias que lo han soltado tienen la culpa, ¡vergüenza! dos hombres para un mequetrefe y dejarse arrojar! Por fortuna estaba yo aquí.

—¿Le has muerto?

—Le he metido la del perrillo, hasta los ganchos; y aunque tuviera siete vidas... pero ¿os ha herido quizás?

—No, un arañazo, no es nada.

—Marchemos entonces, porque pudiéramos tropezar con alguno. Entrad en la litera.

El incógnito entró después de colocar á María-Rosa que se había desmayado.—¿Pero vais á dejar ahí el muerto?—dijo.

—No, Patiño y Monroy lo arrojarán al mar, luego que vuelvan de acompañarnos.

—Vamos pues,—y el caballero cerró la portezuela de la silla.

Los jayanes cargaron con ella y se pusieron en marcha, escoltados por los cuatro matones; atravesaron toda la ciudad sin encontrar á nadie.

Cerca de Castel Capuano, los despidió Acebedo y poniendo en su lugar á Patiño y á Monroy, entráronse todos por un postigo del alcázar.

IX.

Sería imposible describir la consternación que produjo en casa de Rivera, la fuga de María-Rosa. Leonor y sus otras dos hijas gemían, gritaban y se retorcián los brazos, mientras el pintor mudo y colérico corría de una habitación á otra, buscando lo que no había de encontrar.

Cien veces había entrado en la alcoba de su hija y cien veces había vuelto á salir. No quería adquirir la certidumbre de

su ausencia, que la ausencia de María era la deshonra, y se esforzaba en convencerse á sí mismo, de que no la había buscado bien.

Pero María no parecía y la esperanza de Rivera, se iba desvaneciendo poco á poco, como se desvanece la niebla en las mañanas de invierno, á los primeros rayos del sol naciente.

En medio de su desaliento, ocurriósele la idea de que estaría por el jardín. Por improbable que fuera semejante suposición, reanimó algún tanto su espíritu y lleno de ansiedad avalanzóse al balcon. Iba á llamarla, pero de repente se heló su voz en la garganta; al apoyar sus manos en el antepecho, había tocado los cordones de una escala de seda que se balanceaba pendiente del balcon.

—¡Ah!—exclamó rechinando los dientes y apretando los puños,—¡no cabe duda ya!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho un instante, pero luego revolviendo de un modo feroz los ojos inyectados de sangre, arrojó una mirada sobre el lecho de María-Rosa.

Leonor temblaba al aspecto de su esposo, cuya cabellera se erizaba como la melena del leon, cuya boca horriblemente contrahida arrojaba una espuma sanguinolenta. Sobrecogida de espanto, creyendo que su razón le abandonaba, lanzóse á su cuello llorando á gritos.

—Señora, ¡callad por Cristo crucificado!—gritó el pintor con voz sorda,—callad y no lloreis por una hija, que nos ha deshonrado. ¿Quereis que se haga público el suceso y nos señalen con el dedo? ¿Quereis que seamos el ludibrio de Nápoles? pues seguid llorando.

Leonor calló... Tan altiva como su marido, prefería mil veces sufrir en silencio y hasta fingir alegría, á escuchar una palabra equivocadamente compasiva, un pésame hipócrita é insultante.

Rivera desató la escala con aparente tranquilidad, la arrolló y la arrojó en un rincón de la alcoba.

—Servirá para ahorcarlos á entrambos,—murmuró,—¡oh! juro por la hostia que lo haré! ¡Ella la hija infame, él, el disci-

pulo traidor! Así pagan la una mi amor, el otro mis beneficios!

La mano que le arrancaba un giron de honra, era bien conocida para Rivera y esperaba vengarse por sí mismo, sin ruido y sin escándalo.

No quería que nadie pudiera sospechar su afrenta, y como para ello era preciso disimular, bajó á su estudio con el semblante sereno y hasta risueño.

X.

Don Juan de Austria le esperaba, entretenido al parecer, en contemplar los últimos toques que el artista había dado al cuadro de Vénus y las tres Gracias.

El semblante melancólico del príncipe, tenía aquella mañana algo de inquieto y sombrío. Sus grandes ojos azules vagaban de una parte á otra sin fijarse nunca, su tez harto descolorida de ordinario, había aumentado en palidez y sus labios temblaban nerviosamente.

Vestido de terciopelo negro como de costumbre, parecía sin embargo, que aquel día había puesto más esmero en su tocado, como si hubiera tratado de enamorar á alguna dama.

Llevaba no obstante el brazo izquierdo en cabestrillo.

—¡Me haceis guardar antecámara!—dijo afectuosamente al pintor, mientras observaba su semblante.

—Señor,—contestó Rivera,—ignoraba que estuviérais aquí.

—Vamos,—continuó el bastardo en tono jovial,—no me quejo, estamos de igual á igual.

—Vuestra alteza se chancea. ¡un príncipe!

—Bien, si, un príncipe, vos también lo sois, príncipe de los pintores.

El *Espagnoletto* se inclinó.—¿Qué?—dijo reparando en el

remero en las galeras del rey para toda tu vida, si fracasa esta empresa.

Acebedo se sonrió;—idos, idos,—dijo luego, llevándose el dedo á los labios,—ya oigo sus pasos. ¡Aquí muchachos!

Los tres hombres se colocaron á los lados de la puerta. Guardaban tal silencio que se hubiera podido oír el latido de sus corazones.

Por fin giró la puerta, y Salvator Rossa apareció llevando en sus brazos á Maria, desfallecida, moribunda de afán y de miedo.

—¿Estás ahí Giacomo?—pregunto el jóven.

Por toda respuesta sintió dos manos de hierro que le oprimían el cuello.

—¡Traicion!—bramó forcejeando, al ver que le quitaban á Maria-Rosa y la llevaban hácia la litera.

La rabia centuplicó sus fuerzas, tenía que habérselas con dos forzudos mocetones capaces de acogotar á un toro, pero Salvator no era ni con mucho una damisela; de un empujón dió en tierra con el que tenía delante, mientras mordía la mano del otro.

El mordido exhaló un grito ahogado y retiró la mano destrozada, chorreando sangre.

Verse libre Salvator y correr á Maria-Rosa, fué todo obra de un segundo.

El caballero de la máscara, al verlo que se le avalanzaba como un tigre, cejó un paso y desnudó su espada, pero no tuvo tiempo de defenderse, porque Salvator levantó su puñal y lo dejó caer sobre él, ébrio de rabia.

Creyó sentir el de la máscara, que su carne se desgarraba y que la reluciente hoja penetraba en su pecho hasta el corazón; dióse por muerto y sin ser dueño de evitarlo, cerró los ojos.

Cuando los volvió á abrir, vió que Salvator estaba tendido á sus piés, y que el puñal amenazador no le había hecho más que una pequeña herida en la mano izquierda.

—¿No os lo decia señor?—exclamaba Acebedo,—en poco ha estado que ese loco, menos loco que quien yo me sé, no os haya